

la acción, habiendo sido su primer pensamiento retirarse y esperar á los invasores en el Bissamberg, montaña situada al Norte de Marchfeld, esto explicaría tan extraña orden, cuando á poca costa habría obtenido un gran triunfo, como, asimismo, que no se opusiera, antes al paso del río. De cualquier modo, es indudable que Napoleón incurrió en grave imprudencia, comenzando á cruzar el Danubio en los momentos que la extraordinaria crecida de sus aguas debió haberle hecho prever la rotura de los puentes.

Durante la noche, nuevas divisiones francesas pasan el río, hasta formar con las anteriores, descontadas las pérdidas sufridas, un total de setenta y cinco á ochenta mil hombres. Pero el puente grande se hunde segunda vez, y parte de la artillería tiene que continuar en la orilla derecha con el cuerpo de Davout; así es que, si bien se restablecen las comunicaciones á la mañana siguiente, se ha perdido mucho tiempo. La pelea se reanuda el día veintidos al amanecer primeramente en Aspern, que ocupan por mitad franceses y austriacos, y en seguida en Essling. Como la víspera, el ejército del Archiduque se extiende en forma de vasto semicírculo; mas ya Napoleón no está reducido á la inmovilidad, y manda á Lannes cargar sobre el centro enemigo, á fin de separar sus alas como en Abensberg. Lannes marcha en línea recta hacia Breitenlée, donde está el cuartel general del Archiduque, se lleva por delante el cuerpo de Hohenzollern, que intenta oponérsele, y rompe la línea de artillería austriaca. El archiduque Carlos empuña la bandera del regimiento de infantería de Zach, reanima el valor de sus tropas y hace avanzar sus reservas de granaderos. Algunos de los escuadrones franceses llegan hasta Breitenlée, cuando de pronto observa Lannes que no es sostenido; el centro del ejército austriaco se quebranta ante su formidable empuje, pero sus alas van á envolverle; en aquel momento recibe orden de retrogradar; acaban de participar á Napoleón que el primer puente se ha roto de nuevo, hay que renunciar el apoyo de Davout y la necesidad de mantener expeditas las comunicaciones con la isla de Lobau obligan al Emperador á no desalojar á Aspern y Essling. El movimiento de Lannes, permaneciendo inmóviles las dos alas del ejército francés, carece completamente de objetivo. En la retirada, pierde el cuerpo del citado mariscal uno de los generales más bravos y estimados de sus compañeros, Saint-Hilaire. «el caballero sin miedo y sin tacha», como le llamaban, recordando á Bayardo. La batalla se reduce desde aquel instante, por parte de los franceses, á la defensa obstinada de Aspern y de Essling. Esta última aldea es tomada y perdida hasta cinco veces por los austriacos, cuyos ataques al centro enemigo, donde Lannes ha recobrado sus posiciones de la mañana, tampoco son decisivos: sin embargo, en uno de ellos cae Lannes, atravesadas ambas rodillas por una bala, precisamente en el momento que Rossenberg, haciendo un esfuerzo desesperado, se apodera de Essling. Cejan los franceses en desorden y van á encontrarse en la estrecha península que hay á sus espaldas entre el enemigo y el río; pero el general Mouton corre á la cabeza de los fusileros de la guardia y carga á los austriacos, los cua-

les, ante aquel impetu irresistible, retroceden hasta la extremidad de la aldea. Cesa con esto el combate, propiamente dicho, si bien la artillería del Archiduque sigue cañoneando á los franceses, que contestan débilmente por temor á que les falten las municiones.

El mariscal Lannes, á quien hubo que amputar las dos piernas, murió á los pocos días, en una ambulancia; el Emperador fué á visitarle, demostrándole su pesar, y cuéntase que su viejo compañero de armas, recordando acaso las crueles escenas de Zaragoza y viendo próximo su fin, le reprochó con amargura su insaciable ambición y el desprecio que le inspiraba la vida de sus semejantes. El hecho, empero, no está comprobado.

Aunque, en realidad, ninguno de los contendientes podía jactarse de haber triunfado en las dos sangrientas jornadas de Aspern-Essling, para Napoleón no vencer equivalía á experimentar un descalabro. Comprendiendo, pues, que necesitaba modificar su plan, se decidió á abandonar la orilla izquierda del Danubio, por cuya posesión tanta sangre había hecho verter: á la noche siguiente levantó sus reales, concentrando su ejército en la isla de Lobau. Esta le ofrecía una especie de campo atrincherado excelente y fácil de abastecer, gracias á la vecindad de Viena. En la orilla derecha seguía Davout, á cuyas tropas no tardaron en dar la mano las del ejército de Italia, el cual, merced á los refuerzos que le llevó Macdonal, obligó al archiduque Juan á cruzar el Piave y el Tagliamento, le arrebató las posiciones de Osoppo y de Malborghetto y lo echó al otro lado de los Alpes nórlicos: Jellalich, que del fondo del Tirol voló en auxilio del Archiduque, fué batido en Saint-Michél, y Giulay no pudo detener á Marmont, que venía de Iliria, ni en Laybach ni en Gröetz. El archiduque Juan se retiró sobre el Raab, donde el príncipe Eugenio, franqueando el Sæmering, le atacó el catorce de Junio, aniversario de las batallas de Marengo y de Friedland, causándole seis mil bajas y forzándole á pasar á la orilla izquierda del Danubio. Por otra parte, los cuerpos de Bernadotte y de Lefebvre custodiaban el curso del Danubio, desde Viena hasta Baviera. Si el archiduque Carlos no andaba diligente, era de temer que el Emperador tomase pronto el desquite.

Como después de Eylau, al anuncio de lo acaecido en Aspern-Essling, la obra entera del nuevo César se conmovió profundamente, ¡tan deleznable eran sus cimientos! Los pueblos estaban ansiosos de sacudir el yugo bajo del cual gemían; los príncipes de la Confederación sólo deseaban volver contra su mentido protector las armas que les obligaba á dirigir al pecho de sus compatriotas; en Alemania se multiplicaban los movimientos insurreccionales; Alejandro, que respondiendo al fin á las llamamientos de Napoleón había enviado cuarenta mil hombres á Polonia á las órdenes del general Galitsine, temiendo un levantamiento entre sus súbditos polacos, favorecido por el que deslealmente provocaran los franceses en Galitzia, se había medio reconciliado con Austria, y sus tropas más parecían dispuestas á venir á las manos con Poniatowski que á sostenerle; Prusia, siempre hostil, no aguardaba sino un revés más marcado para arrojarle á la pelea; Inglate-

rra concluía los preparativos de una gran expedición; en el Tirol, el incendio mal apagado amenazaba prender de nuevo; el Papa se aprestaba á herir con la excomunión al despojador de la Santa Sede; los asuntos de España continuaban encrespados, augurando nuevos fracasos; últimamente, en la misma Francia se exageraban los peligros de la situación del Emperador.

Era, sin embargo, muy difícil reunir estos elementos dispersos en una acción común. En Alemania, sin duda, se hallaba la insurrección en estado latente; pero las varias tentativas realizadas para hacerla estallar habían abortado una tras otra. Ni el mayor prusiano Katt pudo sorprender á Magdeburgo con algunos centenares de hombres, como se propuso, ni Gaspard de Doernfeld, favorito del rey Jerónimo y coronel de su guardia, arrastrar al ejército sublevando á los campesinos y poniéndose á su frente. Tampoco debía ser más afortunado el noble Schil, que dió el grito de guerra con su regimiento de húsares en las afueras de Berlín, amenazó las fronteras de Westfalia y del gran ducado de Berg y se arrojó bruscamente sobre las ciudades anseáticas: abandonado á sus propias fuerzas, el débil Federice Guillermo le calificó de desertor; los boletines napoleónicos le denostaron apellidándole bandido; el rey Jerónimo le declaró fuera de la ley y puso á precio su cabeza, y, al fin, perseguido por las tropas dinamarquesas y por las columnas del general Gracián, murió como héroe al pie de los muros de Strabsund. Aunque más importante que los anteriores; tuvo tampoco eco el movimiento dirigido por el duque de Brunswik-Oels, el cual, con «sus húsares de la muerte», á que se incorporaron los restos de las fuerzas capitaneadas por Schill y Doenberg, erró algún tiempo por los territorios de Brunswik y Sajonia, teniendo al cabo que refugiarse en la isla de Eligoland, donde los ingleses le ampararon. El gobierno prusiano no secundó estas generosas iniciativas, á pesar de estar obligado á hacerlo. Nadie había demostrado tantos deseos como él de que estallase la guerra actual; sus generales, sus hombres de estado, sus funcionarios todos pertenecían al *Tugendbund*: Schill era amigo íntimo de los Stein, de los Scharnhorst, de los Blücher; el ejército en masa anhelaba vengar la afrenta de Jena, y no era esto sólo, sino que el príncipe de Orange había ofrecido á Francisco II la cooperación formal de Prusia, en nombre de Federice Guillermo. No obstante, cuando después de Essling el emperador de Austria pidió al monarca prusiano que cumpliera sus promesas, Federice Guillermo se excusó. «No es aun hora, dijo al emisario austriaco... Decidirme al presente sería buscar mi ruina... Dad otro golpe é iré, pero acompañado». No quedaba, pues, otra esperanza que Inglaterra; porque la acción del Tirol había, en todo caso, de ser local y muy circunscrita, y la de España, á la larga distancia que se desarrollaba, no era posible dejara sentir su influencia por el momento en las riberas del Danubio. Mas la Gran Bretaña, aunque pagaba con admirable constancia su deuda á la libertad de Europa, perseguía al par la satisfacción de sus miras egoistas, y según todas las apa-

riencias, pensaba dirigir la gran expedición, que estaba preparando, á las costas de Holanda y no á las del Elba y el Wesser, con lo que tal vez hubiera impreso rumbo distinto á los sucesos de la guerra.

Austria, que volvía sus ojos á todas partes buscando auxiliares, no tuvo más apoyo que el de la Santa Sede, bien poco eficaz en aquellas circunstancias. Publicado, en efecto, en Roma el diez de Junio el decreto de diez y siete de Mayo, declarando extinguido el poder temporal de los papas, Pío VII excomulgó á Napoleón; pero no corriendo ya los tiempos en que reyes y emperadores humillaban su frente bajo el temido anatema, la voz del Pontífice se perdió entre el tumulto de acontecimientos que absorbían la atención de Europa.

El archiduque Carlos no hizo otra cosa, durante las semanas que siguieron á la última batalla, que fortificar la orilla izquierda del Danubio hacia la parte donde el ejército francés se presentara anteriormente, creyendo que pasaría segunda vez el río por el mismo punto. Napoleón, para mantenerle en su error, se apoderó con gran aparato el día dos de Julio de la isla del Molino, que está enfrente de Aspern, y el tres mandó á Legrand cruzar el río con su división y ocupar, arrostrando el fuego de los reductos austriacos, el bosquecillo situado delante de dicha aldea y de la de Essling. Mas sus propósitos eran muy diferentes. Habiendo realizado sus preparativos con el mayor secreto, para no poner en guardia al enemigo, en la noche del cuatro al cinco tendió rápidamente sus puentes por el lado oriental de la isla de Lobau, y no por el occidental como en Mayo, y á la mañana siguiente, el Archiduque contempló con asombro desplegado en línea de batalla en la llanura de Marchfeld el ejército enemigo: en su vista, evacuó á Aspern y á Essling, retirándose á la meseta de Wagram, donde se riñó la batalla que debía resultar decisiva, aunque pudo no serlo.

El Emperador había concentrado todas sus fuerzas: en primera línea estaba Davout, Oudinot y Massena; detrás, Marmont, Macdonald y Bernadotte; en la retaguardia, Bessieres, con la caballería pesada; la caballería ligera de Lasalle protegía la extrema izquierda; la de Montbrun, la derecha. Los franceses contaban con ciento sesenta mil hombres, cuando menos; los austriacos, con unos ciento cuarenta mil. El frente de los primeros medían tan sólo seis kilómetros de longitud; mientras el de los segundos era mucho más extenso, teniendo su ala derecha en la meseta de Wagram y la izquierda en la ribera norte del Russbach, de Wagram á Neusiedel. Napoleón podía dictar sus órdenes de palabra y asegurarse en el acto de cómo se ejecutaban; el Archiduque había de dar las suyas por escrito, habiendo de tardar en enterarse de si se cumplían bien ó no. Aquel disponía de reservas para dirigir las donde hicieran falta; éste carecía de ellas. El orden de batalla del uno era concéntrico; el del otro, excéntrico.

A eso del mediodía, Napoleón manda á sus tropas que avancen en forma de abanico,